

*Prisión de Soledad, 10 de junio de 1970*

Querido Greg:<sup>1</sup>

Probablemente no haya trabajado suficiente en esta carta, pero ando falto de tiempo —todo el tiempo—.

Podría minimizar los aspectos criminales de mi vida, claro que entonces yo no sería yo. Porque aquella era la parte importante: lo de mi hogar, lo de la escuela, todo eso que rechacé constantemente durante el juicio.

Toda mi vida disimulé frente a mis padres, el rollo de la calle sí que era real. Disimulaba ante las monjas y los curas; ayudé en misa solo para tener mejores oportunidades de robar vino del altar; canté en el coro porque me obligaron. Cuando íbamos de visita a las escuelas católicas para blancos ricos, nos agasajaban con regalos, nos alimentaban. Aunque me odiaba, el viejo padre Brown nunca dejó de ponerme al frente cuando nos exhibía, y eso que yo era el más feo, flaco y ruin del grupo.

---

<sup>1</sup> Greg Armstrong, el editor norteamericano que solicitó la autobiografía del autor. (*N. del T.*).

Si un negro nacido en Estados Unidos tiene la suerte de sobrepasar los dieciocho años, está condicionado para aceptar la prisión como un hecho inevitable en su vida. Para la mayoría de nosotros la cárcel no es sino otro eslabón en la cadena de humillaciones. Nacido esclavo en una sociedad servil, y sin la expectativa de una existencia real para mí, tenía la sensación de prepararme para la progresiva y traumática serie de desgracias que conducen a tantos negros a prisión. Para ponerme a punto, solo era necesario ajustar algunos detalles.

Siempre se empieza por mamá; la mía me amaba. Y porque me amaba, y porque temía que mi destino fuera el de todos los hijos machos de madre esclava, trató de apretarme, de esconderme, de capturarme dentro del útero. Los conflictos y contradicciones que me seguirán hasta la tumba comenzaron ahí mismo, en el útero. Esa sensación de haber sido capturado es algo a lo que este esclavo no podrá adaptarse nunca... la idea me resulta sencillamente insoportable; no la aguantaba antes, no puedo aguantarla ahora, no la aguantaré jamás.

Quiéren que me explique —brevemente— antes de que el mundo termine conmigo. Es difícil, porque yo no reconozco mi propia unicidad; aplicar ese carácter a un individuo es propio de la decadente cultura del capitalismo. Más bien he intentado siempre mirar a través de esas barreras artificiales, que fueron erigidas para tapiar un viejo sector de nuestro cerebro; trataba de recuperar el estado de espíritu que distinguió a nuestras primitivas comunidades negras. Pero ¿cómo explicaré entonces a este esclavo fugitivo si no lo singularizo?

Por no adaptarme fui capturado y llevado a prisión a los dieciocho años. El prontuario en el que la policía ha recopilado mis actividades parece el de diez hombres: me acusan de bandido, ratero, jugador, vagabundo, drogadicto, terrorista, artista de la fuga, revolucionario, comunista y asesino.

Nací cuando se acababa la Gran Depresión. Se acababa porque una segunda guerra destinada a conseguir mercados coloniales había comenzado en Estados Unidos. El 23 de septiembre de 1941, empujé hacia fuera mientras mi madre intentaba retenerme, y me sentí libre.

Mi madre era una niña, campesina de Harrisburg, Illinois. Mi padre nació en East St. Louis, Illinois. Se conocieron en Chicago y, cuando yo nací, vivían en Lake Street, cerca de la calle Racine. Este barrio es uno de los más viejos de Chicago; mitad gueto residencial, mitad fábricas. El tren elevado pasaba a pocos metros de las ventanas de la fachada de nuestro apartamento —en realidad, esas eran las únicas ventanas—. Al otro lado de la calle, había fábricas y en la acera de nuestro edificio, garajes. Me sentía justo en el medio de las cosas.

Para ascender en la escala social, tuvimos que doblar la esquina, hacia el 211 de North Racine Street, lejos del tren. Recuerdo todos los detalles de mi vida preescolar. Mi hermana, Delora, tenía quince meses más que yo; entonces era una niña muy linda, ahora es una hermosa mujer. A veces se nos permitía explorar el mundo exterior, que en esa época estaba limitado a un espacio cubierto y colindante a nuestro apartamento —tres habitaciones construidas encima de una taberna—. Teníamos derecho a jugar ahí una vez que los recolectores de basura hubieran cumplido con su visita irregular. Porque nuestro lugar estaba al lado de donde la gente depositaba la basura. Claro que yo salía siempre que me venía en gana.

Por ese entonces, Superman ya tenía algunos años más que yo, y no me identificaba verdaderamente con él; pero se desarrolló en mí la profunda sospecha de que podía llegar a ser el Supernegro, adelantándome veintitrés años a mi tiempo, y subí al techo, con un mantel atado al cuello. A pesar de las lágrimas de mi hermana, hubiera brincado hacia la muerte, entre los cubos de

basura, si ella, con mantel y todo, no hubiera intervenido para sujetarme.

Ver de cerca a los niños blancos del *kindergarten* fue mi primera experiencia traumática. Por supuesto, ya los conocía por los libros y las revistas ilustradas, pero jamás los había visto en carne y hueso. Me aproximé a uno de ellos, toqué su pelo, rasqué su mejilla... y él me golpeó la cabeza con su bate de béisbol. Me encontraron hecho un guiñapo, al otro lado del muro de la escuela.

Después de ese incidente, mi madre me envió a la escuela católica de St. Malachy. Estaba situada en el corazón del gueto, entre las calles Washington y Oakley. Todas las monjas eran blancas; de los curas —había cinco en la parroquia— creo que uno era casi negro —o casi blanco, como prefieras—. Los cursos comprendían desde el parvulario hasta el duodécimo grado. Asistí durante nueve años —diez, contando el *kindergarten*—. Este pequeño grupo de misioneros, con sus tontos hábitos y sus bárbaros rituales, ofrecían un completo surtido de propaganda occidental, apta para todos los gustos y todas las edades. El sexo no era mencionado jamás —solo a veces, entre murmullos y muecas, para transmitir algo sucio—. Podías hacer lo que quisieras —estaban empeñados en fabricar santos— menos ser descubierto con las manos sobre un vestido. Espíritus santos, confesiones, racismo.

En realidad, St. Malachy tenía dos escuelas. Al cruzar la calle había una, más privada que la nuestra. «Nosotros» jugábamos y luchábamos en las esquinas que rodeaban el colegio. «Ellos» tenían un gran jardín, adornado con árboles y césped, bordeado por una cerca de hierro forjado de dos metros de altura —destinada a no permitirnos la entrada, ya que nunca pudo impedir que «ellos» salieran cuando lo deseaban—. «Ellos» eran todos blancos. «Ellos» hacían el viaje desde y hacia la escuela en grandes autobuses privados, o en los automóviles de sus padres. «Nosotros», los del

lado negro, caminábamos y, cuando podíamos permitirnoslo, utilizábamos autobuses públicos o tranvías. El campo de los estudiantes blancos estaba equipado con mesas de pícnic para las comidas primaverales, además de columpios, toboganes y otros aparatos más sofisticados, cuyo propósito era satisfacer a los chicos mayores. «Nosotros», en cambio, debimos conformarnos con las aceras repletas de gente y con el callejón que hay detrás de la escuela. Más tarde se construyó un pequeño gimnasio, pero permanecía cerrado. Solo se nos permitía la entrada cuando jugábamos al baloncesto contra algún colegio de la misma clase, situado en otro gueto de la ciudad.

Delora y yo tomábamos el tranvía de Lake Street para ir a la escuela cada mañana y los domingos, cuando nos obligaban a asistir a alguna ceremonia religiosa. Debo de haberme caído de esa cosa en movimiento por lo menos cien veces. A menudo, Delora, por tratar de salvarme, se aferraba a mí, pero yo estaba demasiado decidido, y ambos rodábamos calle abajo con libros y todo, esquivando milagrosamente los coches que pasaban. Los demás niños negros que acudían a la escuela se reían de nosotros. Las chicas usaban uniforme, los chicos camisas blancas. Imagino que las monjas y los curas se reían también cada vez que nos contaban una de esas fantásticas mentiras. Ahora sé que la cosa más dañina que puede hacer la gente que vive en un estado colonial es permitir que sus hijos acudan a cualquier escuela administrada por la cultura enemiga.

Un año antes de mi primer invierno escolar, mi padre, Lester, preparó un barril de acero de cincuenta galones, para guardar el aceite destinado a nuestra pequeña estufa. Mientras yo miraba, él limpiaba con gasolina el interior del barril. En un momento dado, dejó su trabajo para coger un cigarrillo y me explicó el peligro de los gases de la gasolina. Más tarde, cuando hubo completado su trabajo en el barril, me escabullí nuevamente hacia el techo con

mi hermana, que me seguía como un San Bernardo. Tenía cerillas y la idea de una explosión era irresistible. Tan pronto como mi hermana se dio cuenta de lo que iba a hacer, fijó en mí sus ojos grandes y tristes y comenzó a llorar. Me acerqué más y más al barril, y encendí una cerilla. Luego prendí fuego a la caja. En ese momento, Delora estaba convencida de que nuestra muerte era inminente. Hizo un último esfuerzo para detenerme, pero yo estaba decidido y arrojé las cerillas sobre el barril. Cuando se produjo la explosión, Delora escudó mis ojos con sus manos. Todavía hoy se le ven las quemaduras ocasionadas por aquella experiencia. Yo me lastimé la parte de abajo de la cara, pero ya no tengo ni una señal. Nuestra ropa se quemó y desgarró. Si no hubiera sido por mi hermana yo estaría ciego.

Mis padres tuvieron dos hijos más en North Racine: Frances y Penelope. Éramos ya seis en el pequeño apartamento. Recuerdo que lo único agradable del lugar era la luz. Teníamos muchas ventanas y nada alrededor de mayor altura que pudiera obstaculizar el sol. En 1949 nos mudamos a otro lugar en la parte de atrás; a Warren, cerca de Western. Fue el fin de la luz. No teníamos ventanas que dieran a la calle y la que daba al callejón estaba bloqueada por un garaje. Era un lugar más grande pero el vecindario era tan vicioso que mi madre nunca, nunca, me permitió salir de la casa o del pequeño patio, excepto para conseguir algo en los supermercados o tiendas de Madison y regresar inmediatamente. Cuando quería salir, lo hacía por la ventana o tiraba mi abrigo afuera, ofreciéndome luego para sacar la basura a la calle. Solo había una puerta, la de la cocina, y siempre estaba bien resguardada.

Durante esos años escolares pasé la mayor parte de los veranos con mi abuela Irene y mi tía Juanita, en el sur de Illinois. Mi madre, Georgia, llamaba a esta operación *sacarme del camino del mal*. Allí se había criado mi madre, y ella confiaba en su hermana Juanita, bajo cuyo completo

cuidado fui a caer. Era el único hijo hombre, y el único que tenía la protección *especial* de mi madre. Los viajes al campo eran buenos para mí, a pesar del motivo que los ocasionaba. Aprendí a disparar rifles, revólveres y pistolas. Aprendí a pescar. Aprendí a identificar algunas de las plantas alimenticias silvestres que crecen en muchos lugares de Estados Unidos. Podía dejar la casa, el patio, la ciudad, sin tener que escabullirme por la ventana.

En el sector negro de Harrisburg, casi todo el mundo es más o menos pariente mío. Gente leal y recta; podría crear un pequeño ejército con ellos. Usé diversos tipos de rifles o pistolas en aquellos viajes por el estado, donde todo el mundo poseía un arma. Mi afición por las armas y explosivos fue la responsable de mi primer robo. En la pobreza escasea la munición y, por lo tanto..., confieso con sentimiento de culpa que me gustaba disparar contra pequeños animales, pájaros, conejos, ardillas, cualquier cosa que se ofreciera como blanco. Tipo pequeño y flaco era yo; azote de los bosques, hombre dañino. Terminado el verano, regresaba al norte, a la escuela y a las guerras con bolas de nieve —a veces bloques de hielo—, contra los chicos blancos, a través de la calle.

No recuerdo exactamente cuándo conocí a Joe Adams, sé que fue durante los primeros años, pero sí recuerdo en qué circunstancias. Tres o cuatro muchachos estaban a punto de llevarse mi comida, cuando Joe se les unió. La bolsa cayó y su contenido se desparramó por el suelo. Gateando, él consiguió recogerla. Cuando los otros se alejaron, riéndose, Joe vino hacia mí y me metió la comida en los bolsillos. Desde entonces hemos sido grandes amigos, así, de esa manera infantil. Él era un par de años mayor que yo —a esa tierna edad, dos o tres años representan bastante diferencia— y podía ganarme en cualquier cosa que hiciéramos. John, Kenny Fox, Junior, Sonny, algunos otros y yo le observábamos y escuchábamos. Entre todos



llevamos al borde de la bancarrota a los negociantes del lugar. Estoy seguro de que ni mi madre ni mi padre lo admitirían ahora, pero en ese entonces yo pasaba hambre, y mis amigos también. Nos preocupábamos por robar comida, pero también otras cosas que deseábamos: guantes para mis manos —que estaban permanentemente frías—, porque siempre los gastaba o los perdía, bolas para las hondas, juegos y artefactos de la tienda barata. La ciudad estaba indefensa frente a nosotros: saqueábamos lo que queríamos. Pero no pude seguirle el ritmo a Joe; Jonathan, mi único hermano varón, nació por ese entonces.

En mi memoria de esos primeros años, sobresale más que ninguna otra figura la de mi abuelo, George *Papa* Davis. Los servicios sociales le habían obligado a separarse de su mujer; en Harrisburg no había trabajo para los hombres. Vivía y trabajaba en Chicago y mandaba su salario a la otra parte del estado. Era un hombre extremadamente agresivo y, como para un esclavo la agresividad significa crimen, estuvo en la cárcel una y otra vez. Yo le amaba. Él trató de canalizar mi energía a raudales hacia la forma correcta de protestar. Inventaba largas y simples alegorías que describían a los políticos blancos como animales —asnos, sapos, chivos, bichos en general—. Despreciaba a la policía con especial virulencia. Él y mi madre se preocuparon mucho por enseñarme que la peor forma de demostrar el carácter o la sangre negra era la de engatusar, pinchar, cortar o apuñalar a otros negros.

*Papa* me llevó a su pequeña habitación de Lake y me alimentó, me paseó por la más salvaje de las junglas del país, me señaló las flaquezas de la respuesta negra frente a la crisis. Yo le quería. Durante mi quinto año de prisión en San Quintín, murió solo, en el sur de Illinois, en una pensión. Una vez pagada la renta, apenas si le quedaba dinero para una dieta de sardinas con galletas.

Después de Racine Street nos mudamos a las casas de inquilinato de Troop Street, que en 1958 fueron escenario de los peores disturbios de la ciudad (los habitantes de esas casas cayeron contra los *cerdos*,<sup>2</sup> con ametralladoras pesadas de 30 y 50, equipadas con balas trazadoras).

Mis problemas comenzaron al instalarnos en Troop Street. Una o dos veces me sorprendieron haciendo muecas, pero el cerdo nunca hizo más que pegarme con su bate de roble detrás de la oreja, y mandar a buscar a mi mortificado padre para que me llevara a casa.

Mi familia sabía muy poco acerca de mi verdadera vida. En efecto, yo vivía dos vidas: una con mi mamá y mis hermanas y otra en la calle. Cada vez que mi madre me pillaba en algo, o con algo que yo no debía tener en mis manos, caía sobre mí. Mil veces dejé mi casa para no regresar. Vagabundeaba de un lado al otro del estado. Hacía lo que quería —nunca concebí otra forma de vivir— y, cuando llegaba el momento de explicarme, soltaba cualquier mentira.

Tenía una chica de Arkansas, la mejor de la *misión*, pero las monjas la habían convencido de que el amor —tocarse las yemas de los dedos, las bocas, el vientre, las piernas— era sucio. Por eso gasté la mayor parte de mi tiempo y mi dinero en las otras: en las liberadas y adorables chicas que encontraba en las escaleras de los edificios de quince pisos del barrio. Ese era el punto de reunión, y era ahí donde la mayor parte del tiempo llevábamos a cabo los ritos propios de este tipo de encuentros. Jonathan, mi nuevo camarada,

<sup>2</sup> Los activistas negros llaman *pigs* («cerdos») a los policías blancos, y *house niggers* a los policías negros. El término *pigs* fue divulgado por Bobby Seale, de los Panteras Negras, quien lo explicó así: «Hemos escogido este insulto de manera deliberada. Durante cuatrocientos años, nuestros amos nos llamaron *niggers*... Nosotros no llamamos *pigs* a los policías para humillar a hombres que hacen un trabajo sucio, sino para devolver su dignidad a los negros humillados». (N. del T.)

todavía un bebé por aquel entonces, era la única razón por la que yo regresaba a casa; un hermano que me ayudara a saquear el mundo de los blancos, un padre que estuviera orgulloso de mis obras. Yo era un muchachito con imaginación. Pero mi hermano era obviamente más pequeño. Ahora tiene solo diecisiete años y yo estoy por cumplir los veintinueve. En cuanto a mi padre, estaba permanentemente mortificado. Dejé de asistir regularmente a la escuela y comencé a dejarme capturar más a menudo por la policía. Comisarías, sermones, la terapia del bate de roble. Estas capturas venían principalmente por ser «sospechoso de» o a que vivía en un lugar poco conveniente de la ciudad. Excepto una o dos veces, jamás me cogieron por infringir alguna ley. No había policía que me venciera en una carrera a pie. Es casi imposible, con un revólver de cañón corto, acertarle a un blanco zigzagueante. Algunas veces huía a través de un corredor cuya verja saben franquear con rapidez solo unos pocos iniciados —está oscuro, incluso durante el día—, y trepando hacia arriba por una escalera, desaparecía a través de una puerta. O de techo en techo, con saltos de dos a tres metros (el cerdo trabaja principalmente por dinero —hay que tenerlo en cuenta—; yo corría para salvar mi vida). No había un solo cerdo en toda la ciudad que fuera capaz de seguir ni siquiera a la más timorata de las bandas del gueto.

Mi padre sintió que era necesario apartarme del ambiente de Chicago, de modo que en 1956 consiguió que le trasladaran —trabajaba en Correos— al área de Los Ángeles. Se compró un viejo Hudson del 49, me hizo subir junto a él y me trajo al oeste; tenía la intención de reunir más tarde al resto de la familia. Era el primer coche que teníamos: yo no sabía nada de coches. Durante dos días mi padre condujo el Hudson a través de los tres mil kilómetros que separan Chicago de Los Ángeles, mientras yo le observaba con gran interés. Estaba seguro de poder utilizar

los cambios y los pedales. El día de nuestra llegada a Los Ángeles le pedí que me dejara probar. Me despachó con una mirada de «anda ya, muérete, negro loco». Viviríamos con su primo Johnny Jones, en Watts, hasta que nos pudiéramos reunir con el resto de la familia. Cuando mi padre fue con Johnny a visitar a otros parientes, yo me quedé con las llaves y con el coche; doblé una esquina, esperé a ver un cambio de semáforo en una calle, afirmé la mandíbula, tragué saliva y giré en la esquina siguiente. Terminé mi paseo dentro del escaparate de una barbería de la vecindad. Los tipos que estaban dentro de la tienda se habían vuelto tan inmunes a cualquier estímulo que ninguno se molestó en mirar. Intenté disculparme. El dueño de la tienda, un hermano, le permitió a mi padre hacer los trabajos de reparación. No se recurrió a ningún cerdo para arreglar este asunto entre hermanos. Sin embargo, por casualidad apareció uno y ese mismo año tuve que responder a una citación de la Corte. Pero el hermano presintió que mi padre era pobre, con un hijo terrible, negligente, inadaptado e irresponsable —probablemente como el suyo propio— y no permitió que un cerdo, representante de la cultura enemiga, arbitrara nuestros problemas.

Mi padre adquirió los materiales necesarios y arregló la tienda. No se me imputó cargo alguno por daños o perjuicios. Lester arregló la base del motor, tapó los huecos del radiador, martilló algunas de las abolladuras y dobleces del guardabarros, compró un faro nuevo y colocó el guardabarros en su lugar. A pesar de ser viejo y estar roto, el coche le sirvió para ir y venir del trabajo, llevar a mi madre al supermercado y a mis hermanas a la iglesia, ¡durante cuatro años! Era lo único que podía permitirse y no estaba ni un poquito avergonzado. Nunca me dijo una sola palabra sobre esto. Me imagino que estaba convencido de que las palabras no me servirían de nada. Con frecuencia he sido un poco tonto.

Después de establecernos en Los Ángeles empezaron a pasar cosas serias, pero mi padre jamás me abandonó. Sentía vergüenza por tener que sacarme bajo fianza después de mis encontronazos con la ley, pero siempre estuvo ahí. Pasé varios meses en Paso Robles,<sup>3</sup> supuestamente por irrumpir dentro de unos grandes almacenes —el ala central de Gold's— en una tentativa de secuestro. Tenía quince años y me había desarrollado por completo —no he crecido ni un solo centímetro desde entonces—. Estaba de pie, con las manos en alto, cuando un policía me disparó a quemarropa. Después del segundo disparo, cuando comprendí que el cerdo trataba de asesinarme, cargué sobre él. Su arma estaba vacía, pero solo me había dado dos veces. «¡Quítenme a este negro salvaje de encima!», aullaba. Mi madre se desmayó junto al teléfono cuando le informaron de que había sido herido de bala por la policía. Los dos camaradas que me acompañaban en ese trabajo escaparon aprovechando mi encuentro con los cerdos. Como los negros son considerados ratas, el «tercer grado» comenzó mientras era llevado al hospital. Me ofrecieron tratamiento médico a cambio de cooperación. Al principio no se dieron cuenta de que me habían herido, pero tan pronto como vieron correr la sangre por la manga de mi camisa comenzaron las preguntas. Una bala me había atravesado el hombro, la otra me arañó la pierna. Me quedé sentado en el asiento de atrás del coche del cerdo y sangré durante dos horas antes de que se convencieran de que el tétanos había comenzado. Me llevaron a esa pequeña clínica que queda en la estación de Maxwell Street, donde me atendió una enfermera o doctora negra. Era joven, llena de viveza y simpatía. Me sugirió que, teniendo piernas aparentemente fuertes, en lugar de preocuparme por la cultura

<sup>3</sup>. Correccional de menores situado en la localidad de Paso de Robles, en el condado de San Luis Obispo (California).

enemiga debía interesarme por el fútbol o los deportes. Le contesté que, si ella descubría la manera de llevarse al cerdo durante un segundo, yo podría escaparme y tal vez empezar de nuevo en otro lugar con el fútbol. Un mes antes de que todo eso sucediera, un tipo me había vendido una motocicleta con un permiso de circulación que resultó estar falsificado o amañado de alguna forma. Como la moto iba calentita, me cogieron con ella. Las dos cosas sumadas abultaban lo suficiente como para que me mandasen a lo que en California se llama Autoridad Correccional para la Juventud. Fui a parar a Paso Robles.

La primera vez me sentí morir. El simple hecho de vivir en la cárcel requiere algunos pesados ajustes psíquicos. Estar atrapado fue desde siempre una obsesión para mí. Desde mi nacimiento ha sido así. Debe de ser una característica adquirida, edificada sobre siglos de servidumbre negra. Me he pasado la vida tratando de evitarlo. Cuando me tocó el turno, en 1957, tenía solo quince años y no estaba preparado como para enfrentarme a un cambio tan brutal. Los establecimientos de la Autoridad para la Juventud son lugares que exigen una capitulación total; uno debe dejar de resistir del todo, o si no...

Los empleados son los mismos tipos que, en general, se encuentran en todas las prisiones. Necesitan un trabajo, no importa cual, y el Estado necesita *goons*.<sup>4</sup> Chino<sup>5</sup> era casi nueva por ese entonces. Los pabellones estaban dispuestos de modo que uno tuviera a la vista todo el tiempo el calabozo de castigo. Creo que lo llamaban «X». Pasábamos los días tratando de evitarlo. Todo lo que comíamos,

<sup>4</sup>. «Esbirros.» (*N. del T.*)

<sup>5</sup>. Se refiere aquí a la prisión estatal de Chino, situada en la localidad del mismo nombre, en el condado de San Bernardino (California). Esta cárcel es conocida popularmente como *Chino*, tal y como Jackson se refiere a ella aquí.

hasta los restos que dejábamos, estaba estrictamente controlado. Nadie podía moverse de su cama, después de que se apagara la luz, sin que se encendiera la linterna de algún cerdo. Durante el día la cama no podía tocarse. Las prohibiciones eran tantas que ni con la mejor buena voluntad podíamos evitar los problemas. Todo estaba rígidamente programado. Nos obligaban a caminar en formación militar, y a rezar, dondequiera que fuésemos, al gimnasio, al comedor. Y nosotros marchábamos. Yo simulaba no oír bien o no comprender sino las órdenes más sencillas; de esta forma siempre me daban el trabajo más fácil. Tuve suerte y así, cuando el ingenio me fallaba, era la suerte la que me echaba una mano.

Toda mi vida he hecho exactamente lo que he querido y en el preciso momento en que lo deseaba. Puede que haya hecho de menos algunas veces, pero nunca hice algo de más. Esto explica, tal vez, por qué tenía que caer preso. «El hombre ha nacido libre pero en todas partes se encuentra encadenado.» Yo nunca me adapté. Ahora, después de haber gastado en la cárcel la mitad de mi vida, sigo sin adaptarme. Y no puedo afirmar honestamente que la prisión sea ahora menos dolorosa de lo que lo fue durante esta experiencia inicial.

En mis primeros años de encierro leí todo Rafael Sabatini, particularmente *La piel del león*: «Érase una vez un hombre que vendió la piel del león mientras la bestia estaba con vida, y fue muerto cuando intentó cazarla». La historia me fascinó. Aun castigado, recordarla me hacía sonreír. El cazador vencido, el cazado apresando al cazador. El más feroz de los animales de la tierra vuelve sobre su agresor para matarlo. Aunque de manera inconsciente, aquel ideal existía ya en mí. Y me ayudó a definirme, aunque todavía me llevaría algunos años identificar al enemigo. Leí a Jack London: yo me veía «rudo y desnudo, fiero y libre», y soñé con aplastar a mis enemigos,

oprimirlos, destrozarlos por completo, hundir mis colmillos en el cuello del cazador y nunca, jamás, dejarlo escapar.

La prisión, estar encerrado, es lo más parecido a la muerte que uno puede experimentar en esta vida. No hubo palizas —para mí, al menos—, y en este centro juvenil la comida no era tan mala. Pasé la prueba. Cuando me querían obligar a hacer algo, simplemente me hacía el idiota y ocupaba mi tiempo leyendo. Con mi aire distraído de rata de biblioteca; yo estaba en plena revuelta cuando se cumplieron los siete meses.

En Paso Robles fui a la escuela y cumplí con el programa de estudios requeridos en California para el décimo año; y en el undécimo, a punto de que me liberaran, me inscribí en artes manuales. Cuando salí, me quedé en Bakersfield, donde pensé pasar no más de una o dos semanas. Allí encontré a una mujer que se sentía tan poco impresionada por la vida como yo. Pecamos. Me quedé. Por entonces yo tenía dieciséis años, recién comenzaba a ganar peso, pero esta maravillosa hermana, tan redonda y salvaje, firme y blanda, y madura... en un mes me consumió tanto que tuve que permanecer en cama. Estuve enfermo once días, con fiebres y dolores de pecho —algo en los pulmones—. Cuando salí de esa, estaba sin un centavo. Había hecho algunos amigos. Dos de ellos eran capaces de cualquier cosa. Conversamos, tomamos un coche prestado y partimos.

A los pocos días, estábamos los tres en la cárcel del condado de Kern, bajo sospecha de haber cometido una serie de robos. Como el sistema acostumbra a «limpiar los libros» cuando encuentra el tipo de víctima apropiado, fuimos acusados de un rosario de robos de los que nada sabíamos. Dado que ya había sido identificado como autor de un robo, cargué con otro más y así libré a Mat y a Obe. A Obe le «permitieron» alegar culpabilidad en un solo



robo, en lugar de los tres que le achacaban. Eso liberó a Mat del todo. Dos meses después de ese arresto, Mat salió libre de cargos de la cárcel del condado.

Como solo tenían dos de esas celdas para criminales (se trataba de una cárcel vieja) y querían tenernos a los tres separados, me alojaron en el «depósito temporal». Después de que Mat saliera, un hermano vino a pasar dos días en ese depósito temporal. La mañana en que le avisaron de que saldría, me acerqué a su celda con un par de sábanas y le pedí que me ayudara en un intento de fuga. Me despachó con una de esas miradas y con un movimiento de manos. Mientras él me observaba, comencé a rasgar la sábana en tiras. Cuando terminé, preguntó: «¿Qué estás haciendo con esa sábana?». Contesté: «La estoy rasgando en tiras». «¿Por qué estás haciendo eso?» «Estoy preparando una cuerda.» «¿Y qué vas a hacer con una cuerda?» «Te voy a atar con ella.»

Cuando le llamaron para soltarlo esa mañana, yo salí en su lugar. He aprendido una cosa muy importante con respecto a nuestra lucha en Estados Unidos: para ciertos blancos todos los negros son iguales. Los blancos tienden, por hábito, a subestimar groseramente a todos los negros. Por un reflejo condicionado, los negros han sobreestimado a los blancos.

Más tarde, cuando fui acusado de robar setenta dólares de una gasolinera, accedí a un trato: acepté confesar mi culpa y así ahorrarle los costes a la Corte del condado, a cambio de una ligera sentencia de cárcel. Confesé, pero cuando llegó el momento de la sentencia, me arrojaron a la penitenciaría con una condena de por vida. Eso fue en 1960. Yo tenía dieciocho años. Desde entonces, no he vuelto a salir. En la prisión conocí a Marx, Lenin, Trotski, Engels y Mao. Durante los cuatro primeros años, lo único que estudié fue economía y técnicas de combate. También conocí a los guerrilleros negros: George *Big Jake* Lewis y

James Carr, W. L. Nolen,<sup>6</sup> Bill Christmas,<sup>7</sup> Torry Gibson y muchos, muchos otros. Nuestra intención era transformar la mentalidad criminal negra en una mentalidad revolucionaria negra. Como resultado de esto, cada uno de nosotros ha sido sometido por el Estado a la más viciosa de las violencias reaccionarias. El índice de mortalidad entre nosotros es casi el mismo que podría encontrarse en la historia de Dachau. Hace algunos meses, tres de los nuestros fueron asesinados por un cerdo que disparaba a diez metros por encima de sus cabezas con una ametralladora semiautomática.

En este momento, estoy siendo juzgado en la Corte, junto con otros dos hermanos, John Clutchette y Fleeta Drumgo,<sup>8</sup> por nuestra supuesta responsabilidad en el homicidio de un guardia de la prisión. Este cargo implica automáticamente la pena de muerte para mí. No puedo obtener la pena de vida. Ya la tengo.

Cuando hace una semana regresé a la cárcel de San Quintín, tras un año en la prisión de Soledad, donde tuvo lugar el crimen que se me atribuye, un hermano me envió estas líneas:

<sup>6</sup>. George *Big Jake* Lewis, James Carr y W. L. Nolen estaban también reclusos en la prisión de Soledad y sus trayectorias vitales son semejantes a las de Jackson. De Carr existe una biografía en inglés titulada *Bad* (AK Press/Nabat, Edimburgo-Londres-Oakland, 2002). Nolen, que había entrado en prisión por robo en 1963, promovió una demanda —con veinte años, en 1969— contra el superintendente de la cárcel Cletus J. Fitzharris, acusando a la dirección de propiciar conflictos y enfrentamientos raciales en el centro y de desbloquear deliberadamente las celdas de algunos reclusos para permitir que fueran asaltadas.

<sup>7</sup>. William Christmas iba a ser juzgado en la corte de San Rafael el 17 de agosto.

<sup>8</sup>. Ellos tres —John Clutchette, Fleeta Drumgo y George Jackson— eran los denominados Soledad Brothers.

*Sin el frío y la desolación del invierno, no  
podrían existir el calor ni el esplendor de la pri-  
mavera.*

*¡La calamidad ha endurecido mi espíritu, y  
lo ha vuelto de acero!*

George



*Abril de 1970*

Querida Fay:<sup>9</sup>

Con ocasión de la visita que hiciste para investigar los asuntos de aquí, de Soledad, junto con el senador Dymally, encontré en las preguntas planteadas por tu equipo el deseo de hallar algunas razones que explicaran por qué el racismo existe en la prisión con «particular prominencia». Por supuesto que el tema era demasiado vasto como para agotarlo en una sola visita, sobre todo teniendo en cuenta el escaso tiempo del que dispusisteis, pero fue una iniciativa valiente. Mi pequeña y prodigiosa «portavoz» y el senador del *establishment* negro, con su equipo, invaden la línea de máxima seguridad del peor de los campos de concentración del Estado. Creo que eres la primera mujer a la que se le permite inspeccionar estos lugares. La cuestión era, sin embargo, muy extensa. Está comprendida dentro de la pregunta —más extensa aún— sobre por qué el

<sup>9</sup> Fay Stender, abogada de George Jackson. Huey P. Newton intercedió para que le defendiera y ella, a su vez, proveyó de abogados a Drumgo y a Clutchette. (*N. del T.*)

racismo existe en toda esta sociedad, que a su vez está ligada con «particular prominencia» a la historia. De esto se deriva otro interrogante: ¿por qué las cárceles de California producen más Bunchy Carters<sup>10</sup> y Eldridge Cleavers<sup>11</sup> que todas las otras prisiones de Estados Unidos?

Comprendo que tu afán por aislar el contexto en el que se dan los problemas raciales de esta prisión en particular se basa en la intención de ayudarnos ahora, en la presente crisis. Hay, en efecto, ciertos cambios, que podrían

<sup>10</sup> Bunchy Carter (1942-1969) creció en las calles del barrio de Slauson de Los Ángeles y formó parte de algunas pandillas callejeras. Pasó cuatro años en la prisión de Soledad, por robo a mano armada. Fue allí donde leyó a Malcolm X y estableció un primer contacto con el nacionalismo negro y, concretamente, con la Nación del Islam, haciéndose musulmán. Al salir de prisión, abandonó la religión y, tras conocer a Eldridge Cleaver y Huey P. Newton, se convirtió en uno de los miembros fundadores de los Black Panther. Fue asesinado en 1968 durante una reunión estudiantil, a manos de miembros de la *us Organization*, ligada a Maulana Karenga y al cuñado de Malcolm X, Hakim Jamal. Al parecer, existen documentos que demuestran que, con la cobertura del programa COINTELPRO del FBI, se enviaron cartas falsas entre ambas organizaciones para provocar enfrentamientos que habrían llevado, entre otros, al asesinato de Carter.

<sup>11</sup> Eldridge Cleaver (1935-1998), ministro de Información del Black Panther Party (BPP), a cargo de relaciones internacionales, debió dejar su país el mismo año en que Bunchy Carter, Martin Luther King y Robert Kennedy fueron asesinados. Se instaló en Hanói y, desde Corea del Norte, anunció la formación de una oficina internacional del partido en Argelia. Tras meses de negociaciones, consiguió el estatus de exilados políticos para los miembros de su partido que debieran abandonar Estados Unidos. Al irse de Argelia en 1972, se apartó del activismo, se hizo «cristiano renacido» en París y se dedicó al diseño de moda, concretamente al de pantalones, que él llamaría *cleaver's*, destinados a que los hombres pudieran «afirmar su virilidad» [*sic*]. Tras volver a Estados Unidos en 1977, transitó varias religiones y se convirtió en miembro del Partido Republicano hasta su muerte el 1.º de mayo de 1998.



Fay Stender / Imagen: Ika Hartmann

hacerse ya mismo y que aliviarían algunas de las presiones que existen dentro de esta y de otras cárceles. Pero, para llegar a las causas profundas, tú lo sabes, uno se vería forzado a encararse a cuestiones que están en el centro mismo de la política y de la economía norteamericanas; en el corazón de la experiencia histórica yanqui. Las prisiones no existen porque sí. Aquellos que las habitan y aquellos que alimentan su existencia son producto de la historia. La gran mayoría de los cerdos de Soledad son emigrantes del sur que no quieren trabajar en el campo ni en las haciendas de la zona, que no podrían vender coches o seguros, y que no toleraban la disciplina del ejército. Y, naturalmente, las prisiones atraen a los sádicos. Si uno acepta que el racismo

imprime carácter en la presente naturaleza de la vida sociopolítica y económica de Estados Unidos —la definición del fascismo es: «un Estado policial, en que el ascendiente político está vinculado a los intereses de una clase alta caracterizada por su militarismo, *racismo* e imperialismo, los cuales protege»—; si uno acepta aun más, que los criminales y el crimen surgen de causas materiales, económicas y sociopolíticas, será posible entonces quemar todos los libros de criminología y estudios penitenciarios, y dirigir nuestra atención hacia algo útil. Para empezar, cualquier investigación sobre los problemas de las prisiones de California debería tener en cuenta la declaración de Reagan,<sup>12</sup> ese reformista radical que devino reaccionario: «Nuestros cerdos son hermosos». Porque no tiene sentido que se continúe estudiando el aspecto criminal para comprender el fracaso de la política carcelaria. Todos aquellos que pueden permitirse ser honestos saben que la verdadera víctima, ese pobre e ignorante hombre inadaptado que ha sido convertido en criminal convicto, es simplemente el último eslabón de una larga cadena de corrupción y mala administración que comienza con gente como Reagan y sus compromisos políticos en Sacramento.<sup>13</sup> Después de investigar el carácter de Reagan —es decir, el de un renegado—, el siguiente paso lógico es indagar en la más alta recompensa que se concede a los políticos del estado: dirigir el Departamento Correccional.

Cualquier otro procedimiento de investigación equivaldría a caminar hacia atrás. Nunca verías hacia dónde vas. Debe comenzarse por los directores, consejos de alta

<sup>12</sup>. El que fuera presidente de Estados Unidos entre 1981 y 1989 comenzó siendo afín al Partido Demócrata, pero ya en la década de 1950 viraría políticamente hacia posiciones ultraconservadoras. En el momento en que George Jackson escribe sus cartas, Reagan era gobernador de California, cargo que ocupó desde 1967 hasta 1975.

<sup>13</sup>. Sacramento es la capital administrativa del estado de California.

dirección, juntas de tratamiento, supervisores, vigilantes, capitanes y guardias. Debes examinar a esta gente, desde el director hasta el guardia, antes de ponerte a investigar su producto. Añade a todo esto un poco de cemento y de acero; alambre de púas, rifles, pistolas, porras, el gas lacrimógeno —que mató al hermano Billingslea,<sup>14</sup> en San Quintín, en febrero de 1970, cuando estaba encerrado en su celda—, y los punzones de Folsom, San Quintín y Soledad.

Para determinar cómo deben comportarse los hombres dentro de la prisión, es fundamental conocerla. Es el medio el que endurece a los hombres, y no los hombres quienes hacen dura la cárcel.

La última vez que te vi, te mostré un buen ejemplo de todo esto. En el lugar donde me tienen actualmente no nos permiten dejar la celda sin darnos antes una bofetada y sujetarnos los puños a la cintura con correas o cadenas, algo siempre precedido de un cuidadoso registro. En cualquier momento del día puedes esperar que una fuerza compuesta por doce o más cerdos invada el pabellón para confiscar y destruir efectos personales.<sup>15</sup> La actitud de la dirección hacia los convictos es a la vez defensiva y hostil. Y continuará siéndolo hasta que el convicto se someta por completo. Y cuando digo *someterse* quiero decir postrarse a sus pies. Solo entonces aquella actitud se transforma en otra, de condescendencia paternalista. La mayoría de los convictos no buscan ese tipo de relación —aunque hay algunos que la aman— con un grupo de individuos que son

<sup>14</sup> El 25 de febrero de 1970, Fred Billingslea fue gaseado y golpeado por un escuadrón de centinelas de la cárcel, según diversas crónicas, provocando indignación y protestas en las prisiones, entre ellas de los propios Soledad Brothers. No hemos podido localizar documentación sobre las circunstancias concretas del asesinato.

<sup>15</sup> Las acusaciones de Jackson fueron comprobadas en dos investigaciones, promovidas por Fay Stender. (*N. del T.*)

inferiores al resto de la sociedad, si consideramos factores de educación, cultura y sensibilidad. Nuestras celdas están tan lejos del área que sirve de comedor que siempre encontramos la comida fría. Algunos días, apenas hay un plato que pueda considerarse cocido. En el almuerzo no nos dan otra cosa que bocadillos fríos. Y no hay variedad en el *menú*. Lo mismo semana tras semana. Uno es confinado a su celda durante 23 horas y media al día. El racismo existe abiertamente y sin control. Los cerdos no se contentan con ignorar los muchos ataques racistas, sino que además los alientan abiertamente.

En este momento, hay peleas arriba. Son las 11.10 de la mañana del 11 de junio. Se supone que ningún negro debe ocupar el pabellón de arriba, a no ser que lo haga junto con otros negros, pero —suelen ocurrir *errores*— uno o dos negros fueron a parar al mismo pabellón con nueve o diez convictos blancos exasperados por sus condiciones de vida o que trabajan directamente para los cerdos. Todo el techo tiembla. En combate cuerpo a cuerpo ganamos siempre; solo perdemos cuando los cerdos les dan cuchillos o revólveres. Hoy atrasarán el almuerzo; el gas lagrimógeno, o cualquiera que sea, se mete dentro de mis ojos y los hace arder. Alguien ha sido gravemente herido. Probablemente, los cerdos les hayan entregado algunas armas, pero debo ser justo: algunas veces —no más de las necesarias— ellos «arreglan» a alguno de los convictos mexicanos o blancos. Siempre se tratará de alguno que no ha sido lo suficientemente racista en sus actitudes. Después de que los hermanos, furiosos por los ataques previos, le hayan echado a patadas, se convertirá en un auténtico racista.<sup>16</sup>

<sup>16</sup> Después del violento verano de 1967, Johnson nombró una comisión para que estudiara a fondo la raíz de tantos disturbios. El informe mostraba desesperación frente a las soluciones oficiales, porque «en varias ciudades, la respuesta oficial ha sido la de



Decía que la gran mayoría de las personas que viven en esta zona del estado y que buscan empleo en esta institución tienen como rasgo principal de carácter un manifiesto racismo. Lo único que los contiene y evita exagerar su comportamiento es el miedo a perder el empleo como resultado de las presiones exteriores que intentan controlar la violencia. Es lo que ocurre en el Ala O, Max Row<sup>17</sup> Soledad.

Escoge a un individuo que haya estado en una prisión común. Imagínatelo como a un convicto promedio, con la mentalidad media de alguien con doce años de edad, la habitual en el país. Quiere salir, quiere una mujer y quiere una cerveza. Digamos que este convicto es blanco y ha sido sorprendido intentando escapar. Es posible que lo manden a Max Row. Esto es lo peor que puede sucederle. En el régimen común no hay cadenas ni puñetazos. Para evitar que su mente se ocupe de problemas reales, tiene aparatos de televisión, radio, tocadiscos, ropa civil, llaves de su propia celda para entrar o salir de ella durante el día. Hay también un campo de recreo con toda clase de pelotas y objetos para golpear o patear. Hay un gimnasio. Hay películas y una biblioteca bien surtida de ficción ligera. Y hay, por supuesto, trabajo: por dos o tres centavos la hora, los convictos de Soledad hacen productos de papel, muebles y vestidos. Gente como la que he descrito trabaja y obtiene así dinero para pequeñas cosas, lo que les ayuda a pasar el día *sin pensar* en sus problemas reales.

Arranca de estas prisiones comunes a un inocente —porque un cerdo «pensó» que podía haberlo visto intentando forzar una cerradura—, llévalo a cualquier parte del Ala O

---

adiestrar y equipar a la policía con armas y equipos más perfeccionados. El racismo blanco es responsable, en lo esencial, de la mezcla explosiva que se ha ido acumulando en nuestras ciudades desde que acabó la Segunda Guerra Mundial». (N. del T.)

<sup>17</sup> Max Row es la zona de máxima seguridad; en este caso, el Ala O es la galería donde se confina a los presos en ese régimen.

—el peor lugar del centro de adaptación, del cual Max Row es solo una zona— y será golpeado, encadenado, amarrado y apremiado por la policía, que siempre tiene la sensación de que todo convicto es un delator. Será presionado por los blancos desgraciados, para que se una a su rama política racista —todos ellos reciben el calificativo de «ayudantes de Hitler»—. Si está predispuesto a ayudar a los negros, será expulsado por los mismos negros. Tres semanas son suficientes. Los más fuertes no aguantan más de quince días. Solo ha existido *un* hombre blanco que pasara la experiencia del Ala O sin perder el equilibrio y sin sucumbir a la locura del grosero y exagerado racismo.

Porque una temporada en el Ala O destruye el proceso lógico de la mente; los pensamientos humanos se desorganizan por completo. El ruido, el loco chillido de todas las gargantas, los sonidos frustrados entre los barrotes, los sonidos metálicos desde las paredes, las bandejas de acero, las camas adosadas a los muros, los sonidos huecos de los sumideros. Los olores: desperdicios humanos arrojados sobre nosotros, cuerpos sin lavar, comida podrida. Cuando un blanco vive aquí, se arruina para siempre. Ningún negro deja Max Row caminando. Sale en la ambulancia o arrastrándose y lamiéndole los pies al cerdo.<sup>18</sup>

Es una ironía, porque en realidad nadie puede salir a la calle directamente desde el Ala O. Nunca funciona así. La Junta, que toma esas decisiones, jamás tendría en cuenta un caso de Max Row. Por lo tanto, un hombre le lame los pies al cerdo no para salir al mundo exterior, sino por el privilegio de subir las escaleras hacia el centro de adaptación del Ala O. Si su propósito es conseguir la libertad, deberá continuar arrastrándose. En toda la historia de la

---

<sup>18</sup> ¿Acertaba Robert Kennedy cuando calificó a los negros como «una raza a la que no tiene sentido decirle que obedezca la ley, cuando la ley es, precisamente, su enemiga»? (N. del T.)

prisión, el número de individuos que ha salido a la calle desde el Ala O, puede contarse con los dedos de una mano. Nadie pasa, tampoco, desde Max Row, Ala O, a la prisión común. Salir al mundo exterior es inconcebible. Un hombre *debe* ascender desde Max Row a un centro de adaptación. Desde allí puede pasar a la cárcel común. Y, solamente entonces, está en condiciones de entretenerse pensando en su eventual salida al mundo exterior.

Puede comprenderse así la depresión que sufre un recluso en Max Row. Ha caído en la trampa social, tan lejos como es posible; toda posibilidad de salir resulta tan problemática para él que es muy fácil que pierda todas las esperanzas. En dos semanas, ese hombre medio, que ha terminado en Max Row como «sospechoso» de «intento de fuga», está tan embrutecido y carente de fuerzas que lo sostengan que no se recuperará jamás. Es peor que Vietnam.

Si alguien dirige una evasión, será forzado a un duelo a muerte con cuchillo. Si no actúa y muestra más prudencia que el resto, será acusado de deslealtad a su raza y a su política: el fascismo. Algunos de estos tipos apoyan sin ninguna vergüenza el racismo de los cerdos y los otros lo soportan inadvertidamente. Aquellos son blancos, estos últimos negros. Pero aquí, como en la calle, el racismo negro es una *reacción* impuesta, una adaptación para la supervivencia.

He esbozado un cuadro sobre el régimen común en la prisión de Soledad que puede no parecer tan desagradable. Esta impresión equivocada resulta de la ausencia de un rasgo muy importante: el terror. Desde las oficinas de los guardianes y del director fluye una violencia terrorífica y petrificante. ¿De qué otra forma, si no es mediante el miedo, un pequeño grupo de hombres armados podría mantener el orden y dominar a otro grupo, mucho más numeroso?

Tenemos un gimnasio —que induce a quemar las energías con una pelota en lugar de hacerlo a través de la revolución—. Pero si caminas dentro del gimnasio con un

cigarrillo encendido es muy probable que te encuentres con problemas. Hay un cerdo listo para atraparte. Un cartel dice «No fumar». Si no te das cuenta y se te pasa, problemas. Si, para cumplir, arrojas el cigarrillo, problemas también: el suelo está considerado material inflamable —no estoy muy seguro de cuál es el pretexto—. No hay ceniceros. El cerdo está siempre sobre ti. En términos bien claros, te indicará que retires el cigarrillo del suelo con las manos. Ahí comienza todo. Hay un gimnasio, pero en él solo pueden hacerse ciertas cosas, y de cierta manera. Como las reglas cambian según el humor del cerdo, es más saludable quedarse dentro de la celda.

¡Tienes que trabajar por salarios que varían de los cero a los tres centavos la hora! Pero una vez que aceptas el trabajo pagado en el sector industrial de la prisión, no puedes dejarlo sin exponerte a que te procesen por mala conducta. Cuando se necesitan trabajadores, no te ofrecen el trabajo. O lo aceptas o automáticamente estás rehusando trabajar, aunque hayas dejado establecido con claridad que estabas dispuesto a colaborar en otro empleo. La misma atmósfera reina en el patio de recreo, donde un pequeño error no solo puede acarreararte un parte por mala conducta y el traslado a un centro de adaptación, sino hasta la muerte misma. Una pelea a puñetazos, o una trivial pérdida de humor, puede provocar una descarga de balas sobre los cuerpos de los dos hombres que pelean.

No puedes imaginar el malestar que ocasiona la existencia de un aparato de televisión compartido por ciento cuarenta hombres. ¡Piensa! Un aparato, ciento cuarenta hombres. ¿Qué ocurrirá si hay más de un canal? En el salón de tv de Soledad han ocurrido asesinatos, mutilaciones y destrucciones de muchos televisores.

Los negros ocupan un lado del cuarto y los blancos y mexicanos el otro. ¿No es ciertamente significativo que el número de negros prisioneros sea suficiente

como para justificar el reclamo de la mitad de ese espacio?

Nosotros tenemos un lado y ellos tienen otro. ¿Qué imaginas que ocurre en la hipotética situación de que Nina Simone cante, Angela Davis hable y Jim [sic] Brown<sup>19</sup> se exhiba en un canal, mientras que en otro Merle Haggard<sup>20</sup> grita e implora que le den una patada en el culo? La riña empezará inmediatamente, cuando un hermano que se sienta menos demócrata que hambriento de belleza —sí, habíamos votado, pero ellos era sesenta contra cuarenta— cambie de canal para ver a Angela Davis. ¿Qué rumbo piensas que seguirá la pelea? ¿No seremos Angela y yo contra Merle Haggard?

Pero esa situación es tolerable —al menos hasta cierto punto—. Antes era peor. Cuando entré en prisión por el delito del que se me acusa, ellos tenían la mitad y nosotros teníamos la mitad, pero el aparato estaba en nuestro lado.

En un caso como el que he mencionado, los convictos blancos comienzan a pasarse la voz para que todos los blancos estén presentes en el salón de tv y voten por *Cadillac Cowboy*. ¿Quién crea esta situación de polaridad entre los dos grupos? Es igual que afuera. No tiene nada de complicado. Cuando las personas caminan unas sobre otras,

<sup>19</sup> A James Jim Brown, el «Brother Soul Number One», los radicales le acusaban de especular con la situación: iniciaba sus actuaciones gritando: «Decidlo muy alto... Yo soy negro y estoy orgulloso de serlo». En sus *Notas revolucionarias*, Julius Lester reaccionó contra el exagerado apego a símbolos exteriores —melenas afro, lociones que oscurecen la piel, *dashiki* (blusas africanas bordadas)— convertidos en moda en los guetos, e instrumentalizados por la industria, hasta el punto de que en Nueva York fue elegida una Miss Black. Pero tampoco puede olvidarse que era parte de una respuesta —*black is beautiful*— a la vergüenza que dividía Harlem en *darkskins* —negros—, *brownskins* —mulatos— y *lightskins* —mestizos—. En ese momento, todo es *black*. (N. del T.)

<sup>20</sup> Merle Ronald Haggard (1937-2016) fue un cantante, guitarrista, violinista y compositor *country*.

cuando la falta de armonía es la norma, cuando los organismos comienzan a derrumbarse, la culpa es de aquellos que nos gobiernan. Algo malo están haciendo. No se les debió confiar tanta responsabilidad. Y no es una actividad política a largo plazo lo que ayudará al hombre que ha de morir mañana o esta noche. Los apologistas reconocen que estos lugares están manejados por el terror absoluto, pero ellos justifican los excesos de los cerdos con el argumento de que nosotros vivimos al margen de cualquier código de conducta civilizado. Como nos consideran convictos antes que hombres, una bala en el corazón o una ejecución sumaria por reñir o cruzar una línea no es algo extremo ni incorrecto. A un oficial se le permite recurrir a la violencia, «porque a un convicto no se le puede dominar de otra manera».

Fay, ¿has considerado alguna vez cuál es el tipo de hombre que está en condiciones de tener en sus manos el poder absoluto? Quiero decir, ¿cuántos no abusarían de él? ¿Existe alguna manera de saber a quién puede confiársele un arma y el derecho *absoluto* de escoger a una víctima? Ya lo mencioné, la mayor parte de ellos son tipos del KKK.<sup>21</sup> Todos los demás, el resto en general, son tan estúpidos que no debería permitírseles siquiera administrar sus propios baños. Un gobierno responsable habría encontrado la manera de librarse de la mayoría de estos salvajes. ¿Cómo es que estos cerdos se salen siempre con la suya? ¡Hombres que apenas pueden leer, escribir, razonar! ¿Cómo es que se salen siempre con la suya? ¡Igual pueden darle un revólver a un mandril y dejarlo suelto entre nosotros! Y es lo mismo que ocurre fuera, en las calles. ¿Quién ha soltado esta plaga entre personas que ya tenían suficiente sufrimiento? Los Reagan, los Nixon, los hombres que tienen, los que poseen. ¡Investígalos a ellos! No se pide calificación alguna, no es necesaria ninguna experiencia. ¡Cualquier tonto que cae aquí y es capaz de firmar

<sup>21</sup> Ku Klux Klan. (N. del T.)



con su nombre podría disparar mañana con un rifle militar automático, desde una posición emplazada a diez metros por encima de mi cabeza! Podría estar completamente borracho. Podría tratarse en verdad de un accidente —no obstante, apostado un millón contra uno a que no lo sería— y él estaría protegido. No perdería ni siquiera un día de salario.

Los libros de texto especializados en criminología quieren imponer la idea de que los presos son enfermos mentales. Solo algunos sugieren tímidamente que es el propio sistema el que falla. Los especialistas en temas penitenciarios ven las prisiones como asilos. La mayor parte de los reglamentos son elaborados en una oficina que opera bajo la dirección del Departamento de Correccionales. Pero ¿qué podemos decir de estos asilos de los que ningún interno sale curado? Al contrario, salen de la prisión más dañados física y mentalmente que cuando entraron. Esa es la realidad. Tal como están las cosas, ¿continuarías investigando al interno o te preguntarías dónde comienza la responsabilidad administrativa? Es posible que la Administración no pueda responsabilizarse de todos los actos que cometen los individuos a su cargo; pero, cuando se trata de problemas raciales, cuando el fallo puede ser localizado claramente en hechos que escapan al control de los guardias y de la Administración, investigar cualquier otra cosa que no sea los principios mismos del sistema fascista es inútil.

Nada ha mejorado, nada cambió desde que tu gente estuvo por aquí. Seguimos en lo mismo y los negros están perdiendo rápidamente su comedimiento. El número de los que son pasados por alto a la hora de considerar las órdenes de libertad bajo fianza es cada vez mayor. Así las cosas, los negros se han convencido de que su única esperanza es la resistencia y han comprendido que esta es verdaderamente posible. Las cadenas comienzan a ceder. Quienes están presos por supuestos «crímenes económicos», o por actos de violencia revolucionaria, ya no se sienten verdaderamente

culpables. Los negros convictos han terminado por comprender que son las peores víctimas de un orden injusto. Hasta ahora, la perspectiva de la libertad condicional les impedía enfrentar a sus captores con auténtica determinación. Pero, ya que las condiciones de vida continúan deteriorándose, ya que tenemos la certeza de que nos envían a la muerte, no es extraño que nos hayamos transformado en un implacable ejército de liberación. La necesidad de una evolución en la actitud revolucionaria contra el régimen, que Huey P. Newton,<sup>22</sup> Eldridge Cleaver y Bobby Seale<sup>23</sup> proponen como

<sup>22</sup> Huey Percy Newton (1942-1989), ministro de Defensa y miembro fundador del BPP, fue procesado y condenado, en septiembre de 1968 —el año de máxima represión contra el partido—, por la muerte de un policía en Oakland. Nacido en Monroe (Luisiana), en una familia de aparceros, su padre era predicador baptista. Pero Newton creció en Oakland, donde se trasladaron cuando él tenía tres años. Arrestado por delitos menores durante su adolescencia, fue en la universidad —en el Merrit College— donde entró en contacto con la Asociación Afroamericana y conoció las obras de los teóricos marxistas o de líderes e intelectuales negros como Fanon, Lumumba o Nkrumah, que influirían en la fundación de los Black Panther. Se refugió en Cuba entre 1973 y 1977, tras ser acusado como presunto autor del asesinato de una trabajadora sexual de 17 años y del robo y asalto a su sastre, Preston Callins; a su regreso a Estados Unidos resultó absuelto de ambos delitos. En 1985, fue acusado de malversación de fondos en relación con el dinero de los programas sociales del BPP y condenado por ello en 1989. En agosto de ese año, fue asesinado a tiros por el narcotraficante Tyrone Robinson. Además de varias recopilaciones de mítines, canciones y escritos, las dos principales obras de Newton son su autobiografía, *Revolutionary Suicide* (1973), y *War Against the Panthers: A Study of Repression in America* (1996), publicada tras su muerte y basada en su tesis doctoral.

<sup>23</sup> Robert George Seale (1935), miembro fundador del BPP, dejó la escuela secundaria para enrolarse en la Fuerza Aérea del Ejército estadounidense, de la que fue expulsado por indisciplina a los tres años, tras enfrentarse a un comandante de la base de Ellsworth (Dakota del Sur). Tras su expulsión, trabajó como chapista en



única solución para las colonias negras de Amerika<sup>24</sup> ha prendido sólidamente en el espíritu de los hermanos, que ahora demuestran gran interés por los pensamientos de Mao Tse-Tung, Nkrumah, Lenin, Marx y por los logros de hombres como el Che Guevara, Giáp o el tío Ho.

Este estado de las cosas se potencia cada día; debido a ello alguna gente va a morir. Y no se trata de una advertencia —o de un deseo—. Lo veo como la consecuencia inevitable de un hecho: haber dejado el control de nuestras vidas en manos de hombres como Reagan.

Las prisiones siempre han tenido cierto parecido con Dachau y Buchenwald; lugares para los negros malos, mexicanos y blancos pobres. Pero en los últimos diez años se ha incrementado el porcentaje de negros presos por delitos cuyo origen reside en causas políticas y económicas.

Hay todavía aquí algunos negros que se consideran criminales, pero no son muchos. Créeme, amiga mía, que con el tiempo y con el estímulo que estos hermanos recibirán de la lectura, el estudio y la reflexión, no encontrarás ninguna clase social más dedicada al último de los

---

varios talleres aeroespaciales, mientras estudiaba en la escuela nocturna. Después de finalizar la secundaria, ingresó en el Merrit College, donde coincidió con Huey P. Newton y participó con él en la Asociación Afroamericana. Redactó, junto con Newton, el conocido «Programa de los Diez Puntos» de los Black Panther. En 1968, Seale fue arrestado y encarcelado por los disturbios durante la Convención Nacional Demócrata de Chicago, y durante el juicio fue literalmente amordazado por orden del juez Julius Hoffman. Más adelante, también fue acusado de ordenar el asesinato de un presunto confidente policial. En 1973, se presentó a la alcaldía de Oakland y salió como el segundo más votado —de nueve candidatos—, aunque perdió en la segunda vuelta. Seale ha continuado dando a conocer la historia de los Black Panther; ha sido profesor universitario y ha colaborado como participante y asesor de grupos de organización social y comunitaria.

<sup>24</sup>. Escrito con «k» en el original.

remedios: la revolución. Quizá los más lúcidos de nuestra clase los encuentres en Folsom, en San Quintín y en Soledad. Viven como si no existiera el mañana. Y es que, para la mayor parte de ellos, no existe. Lo han comprendido en algún u otro momento. Se vive a plazos: tres años de prisión, tres meses de libertad condicional, luego, vuelta al punto de partida, a veces en la misma celda. Los oficiales de la condicional han devuelto a hermanos a la cárcel solo por vender periódicos<sup>25</sup> —el *Black Panther*, por ejemplo—. La razón oficial: «Fracaso en mantener empleo productivo».

Somos algo así como el 40 o 42 por ciento de la población carcelaria, o quizá más, porque me estoy basando en información publicada por el sistema. El liderazgo de la población negra en las prisiones se identifica definitivamente con Huey, Bobby, Angela, Eldridge y con el antifascismo. La salvaje represión contra los negros puede evaluarse fácilmente leyendo solo las necrológicas de los diarios del país: Fred Hampton<sup>26</sup> y otros han conseguido incidir sobre

---

<sup>25</sup>. La aparición de periódicos «negros» coincidió con el auge de las hojas *underground*; el funcionamiento de ambos tipos de publicaciones implicó no solo una dirección ideológica nueva, sino también distintos canales de distribución. Entre los negros radicales, los más leídos fueron *Black Pride* (Orgullo Negro), de los Panteras, y *Crusader*, un boletín informativo editado en Pekín por Robert Williams y que en Estados Unidos, obviamente, se introducía de forma subrepticia. Posteriormente, surgieron *Soul* y *World*.

<sup>26</sup>. Fred Hampton (1948-1969), dirigente del BPP en Chicago, comenzó su militancia en la National Association for the Advancement of Colored People (NAACP). Jugó un papel activo en una de las experiencias más interesantes de la época, promoviendo lo que él mismo denominó «coalición arcoíris», una alianza estratégica multirracial basada en la conciencia de clase, sustentada en puntos de encuentro políticos entre sectores comunitarios negros y latinos. En 1968, intermedió entre algunas pandillas callejeras, consiguiendo un pacto de no agresión entre ellas. Magnífico orador, en 1969 era

los negros reclusos. La contención se quiebra rápidamente. Los hombres que leen a Lenin, Fanon y el Che no pierden su tiempo en algaradas: «ellos se juntan», «ellos se enfurecen», ellos cavan tumbas.

Cuando acusaron a John Clutchette por primera vez de asesinato, él estaba orgulloso, era consciente y conocía su propio valor, pero no estaba comprometido con ninguna acción específica para remediar la situación. Revisemos el proceso al que están sometiendo a este maravilloso hermano. Viene a ser el final de una larga historia de incidentes similares, vividos en prisión. Añade a su propia experiencia todas las cosas que le suceden aquí a otros hermanos, y que él ha presenciado. El camarada Fleeta pasó once meses en el Ala O por poseer fotografías recortadas de un semanario. Son estas las cosas que explican por qué California produce una mayor cuota de Bunchy Carters y Eldridge Cleavers.

Fay, hay solo dos tipos de negro que nunca saldrán libres de estos lugares: los Carters y los hombres arruinados.

Estos últimos son seres tan deteriorados que nunca volverán a ser miembros útiles para ninguna clase de núcleo social. Todo lo que todavía funcionaba bien en ellos cuando ingresaron en prisión, cualquier cosa dentro de ellos que hubiera escapado a los efectos ruinosos de la existencia colonial negra, cualquier cosa que pudiera haber sido redimible cuando entraron por primera vez en la cárcel ha desaparecido cuando la dejan.

Este sitio saca lo mejor de los hermanos o los destruye por completo. Pero todos quedan afectados. Si salgo vivo de

---

uno de los dirigentes con mayor proyección del BPP. El 3 de diciembre de 1969, un infiltrado policial intoxicó su bebida con barbitúricos para facilitar una redada policial que se iba a realizar esa noche. Al parecer, Hampton recibió un disparo a bocajarro en la cabeza mientras estaba absolutamente dormido por los sedantes.

este lugar, no le dejaré nada mío. No me contarán entre los tipos arruinados, pero tampoco podré decir que soy un hombre normal. He sufrido hambre mucho tiempo. Me he enfurecido repetidas veces. Me han mentido y me han insultado demasiado. Me han empujado hasta ese punto en el que ya no hay marcha atrás. Sé que no estarán satisfechos hasta que hayan logrado empujarme fuera de la vida misma. He sido víctima de tantos ataques racistas que nunca podré descansar de nuevo. Mis reflejos no volverán jamás a ser normales. Soy como un perro que ha sido sometido al proceso K9.<sup>27</sup>

Esta no es la primera vez que la institución —el campo— intenta asesinarme. Es el más decidido de todos los intentos, pero no es el primero.

Observo en mi interior, cada uno de estos días antes del juicio, para descubrir cualquier cambio que pudiera tener lugar. Todavía puedo sonreír, tras diez años de atajar estocadas de cuchillos y punzones manipulados por cerdos descarados y sádicos, siete de esos años en total aislamiento. Puedo aún sonreír algunas veces, pero para cuando esto haya terminado, yo no seré ya una buena persona. He encendido mi cigarrillo número setenta y siete de este día de veintiuna horas. Voy a quedarme estirado un par o tres de horas, tal vez dormiré...

Aprovecha el tiempo.

*George*



---

<sup>27</sup>. Se refiere aquí al adiestramiento de perros policía.

12 de junio de 1970

Debes saber que ayer me visitó Joan, una vieja amiga. Le dijeron que no podría regresar más: una medida económica. Al Estado le cuesta mucho dinero supervisar mis visitas de media hora, así que me parece que tendrán que incomunicarme. Hoy echaron a mi hermana. Alguien va a tener que meterle un poco de coraje a esto. Hay que detener a estos tontos. ¡El poder absoluto en manos de idiotas! Me hace recordar a Roma e Inglaterra. ¿Sabes de dónde van a salir los bárbaros y las guerrillas que destruirán la América imperial?, de las colonias negras y de estos campos de concentración. Somos los únicos tres convictos de aquí que tienen que aceptar visitas de media hora, esposados y encadenados, con una guardia especial. Ahora parece que ni siquiera eso tendremos. ¡Mi hermana, mi hermano no pueden visitarme en estos que pueden ser los últimos días de mi vida! Pues bien, también de esta experiencia se obtiene algo bueno: a ningún miembro de mi familia le resultará difícil saber hacia dónde debe orientar sus energías. Mi padre tendrá una guardia completa de Panteras que alimentar.

Cada vez que los cerdos atentaban contra mi vida en San Quintín, yo enviaba un sos a mi familia. Ellos siempre me escuchaban y respondían escribiendo cartas a los cerdos de las prisiones y a las ratas de Sacramento, pero no estaban convencidos totalmente de que yo les dijera la verdad acerca de los cerdos y su mentalidad. Si les hubiera escrito sobre los tenientes que les proponían a los convictos blancos más viciosos del estado: «Mata a Jackson, nosotros haremos algo bueno por ti»; habría obtenido miradas de duda. ¿Comprendes?, mi padre quería saber por qué. Y todo lo que yo podía decirle es que estaba relacionado con Mao, pero no podía hacer el *kowtow*.<sup>28</sup> Su mente no podía entenderlo. Yo

<sup>28</sup>. Saludo chino. (N. del T.)

usaba todo mi ingenio, todo ejemplo histórico y común que pudiera encontrar para explicarles por qué eran malos los cerdos. Pero la tarea era demasiado difícil, estaba luchando, en primer lugar, contra su mente y contra su miedo a aceptar la existencia de un elemento enemigo identificable que nos estaba oprimiendo, porque eso le hubiera obligado a luchar contra el enemigo o a reconocer su propia cobardía. Yo debía enfrentarme también contra la máquina de relaciones públicas y propaganda del orden establecido. Todas las prisiones muestran las caras limpias y correctas de sus cerdos viejos —o de los de apariencia inocente— y los ponen a trabajar en aquellas áreas en las que entran en contacto con gente libre. Y a esos cerdos no se les permite usar los colmillos. Considerando el racismo, mi padre me recordaría que también hay cerdos negros. Pero, por supuesto, eso no significa nada. Simplemente, emplean a los negros cuando es necesario. Un guardia o dos trabajando juntos es todo lo que necesitan para asesinar a cualquier imbécil en la cárcel. Pero, es cierto, no es necesario preocuparse por los cerdos negros. Ellos cooperarán o se irán.

El policía negro podría ser un factor importante para prevenir nuestro genocidio. Pero no puede esperarse ayuda alguna de ese lado. La misma estupidez y desesperación que le llevaron a cuidar las rejas le impiden interceder. El trabajo, el salario, significa mucho para él. A menudo necesita probarse a sí mismo, probarse que es leal al sistema, probarse que no tiene prejuicios a nuestro favor, probarse que es honesto. Su honestidad le impide meterse en el contrabando, como hacen todos los cerdos blancos. Mira, yo he estado siete largos años en San Quintín, he visto *todo* lo que se traficaba y supe quién lo traficaba. El cerdo blanco considera que aumentar sus ingresos introduciendo y vendiendo narcóticos, armas y, por supuesto, pornografía es un privilegio que le corresponde. El cerdo negro tiene miedo, está demasiado inseguro de su situación como para ser deshonesto.

Ese mismo miedo le llevará a mostrar más entusiasmo que sus colegas blancos en las sesiones del «club terapéutico». Si la víctima es un negro, se enfurecerá tanto que los cerdos blancos tendrán que hacerle sitio para que respire. Si no han planeado un asesinato para esa sesión, se verán obligados a poner a la víctima fuera del alcance del negro. Un cerdo es un cerdo.

Todo encaja. Ahora veo la cosa mucho más clara: cómo el fascismo se apropia de este país, cómo crece la dictadura desde el ámbito rural hasta lo más alto, hasta el Gran Dragón, en Washington, DC.

La solidaridad entre esta prisión y la Corte de Salinas, entre el juez y el gran jurado, el juez y el fiscal del distrito y otras autoridades de la ciudad es absoluta. El sistema ha coartado cualquier ayuda que quisieran ofrecermé. La agresividad se ha apoderado de toda la ciudad, del estado, del país entero. Todos comparten un mismo fin: ejercer un control eficaz sobre nuestras vidas.

Claro que ya conocía la existencia de estos eslabones antes de esto, mucho antes de esto, pero verlo funcionando es bastante aterrador. ¿Qué fuerza les une? No me refiero al ideal, me refiero al intermediario, a la cosa física. ¿Qué es lo que realmente vincula a una rata gorda con una cadena de grandes tiendas y con un cerdo uniformado? La rata gorda quiere un país y un mundo policial a salvo, para que su negocio se expanda. Pero ¿cómo vende esa idea al hombre que debe hacer el trabajo policial? Pienso que el argumento es el dinero. Estos cerdos y ratas flacas están aquí por el dinero. El ideal fascista no aparece realmente hasta que uno llega a los más altos niveles de la pirámide del poder. Entonces cualquier ideal conservador se vuelve atractivo.

El gobierno del pueblo acabaría con este poder que nos oprime: es necesario poner fin a la tarea de estos hombres.

Poder para el pueblo

George



13 de junio de 1970

Querida Fay:

Nadie sabe nada sobre la audiencia en la Corte. Dicen que no vamos a ir. Como a la prisión no le gusta desplazarnos, han amañado un arreglo con el juez para ¡evitarnos nuestro propio juicio! ¿Pueden acaso juzgarnos *in absentia*? —¿es ese el término?—. Un cerdo ha dicho recientemente que el juez no nos quiere en la Corte bajo ningún concepto. En ese caso, debiera dejar de lado todo este tema y permitir que fuéramos juzgados en otro condado, Berkeley quizá. Pero, como tú has dicho, me parece que sería en Orange.

¿Por qué tenemos que resignarnos a este tipo de cosas? Nosotros somos más, pero ellos tienen armas y dinero. Y, como a los jurados no les agrada cortar pescuezos, tenemos que languidecer en la miseria.

Si me sacas finalmente de este lío, deberías mandarme a un lugar como Cuba o China o Tanzania, para que pueda ver claro. Mi lucidez ha sido forzada al máximo.



14 de junio de 1970

No creo que podamos permitirnos ser amables por más tiempo; lo único que nos protegía se está erosionando sin que nos demos cuenta. Ya no será posible saber cuándo ha desaparecido nuestro último derecho. Solo nos enteraremos



cuando comiencen a disparar sobre nosotros. Sería preciso denunciar ese deterioro antes de que se concrete; si no, estaremos luchando desde una posición débil, con la espalda contra la pared. Pienso que todavía tenemos ventaja. Nosotros, los de la colonia negra, conocemos este género de combate que consiste en luchar con la espalda contra la pared; claro que también sabemos que no es la mejor manera.

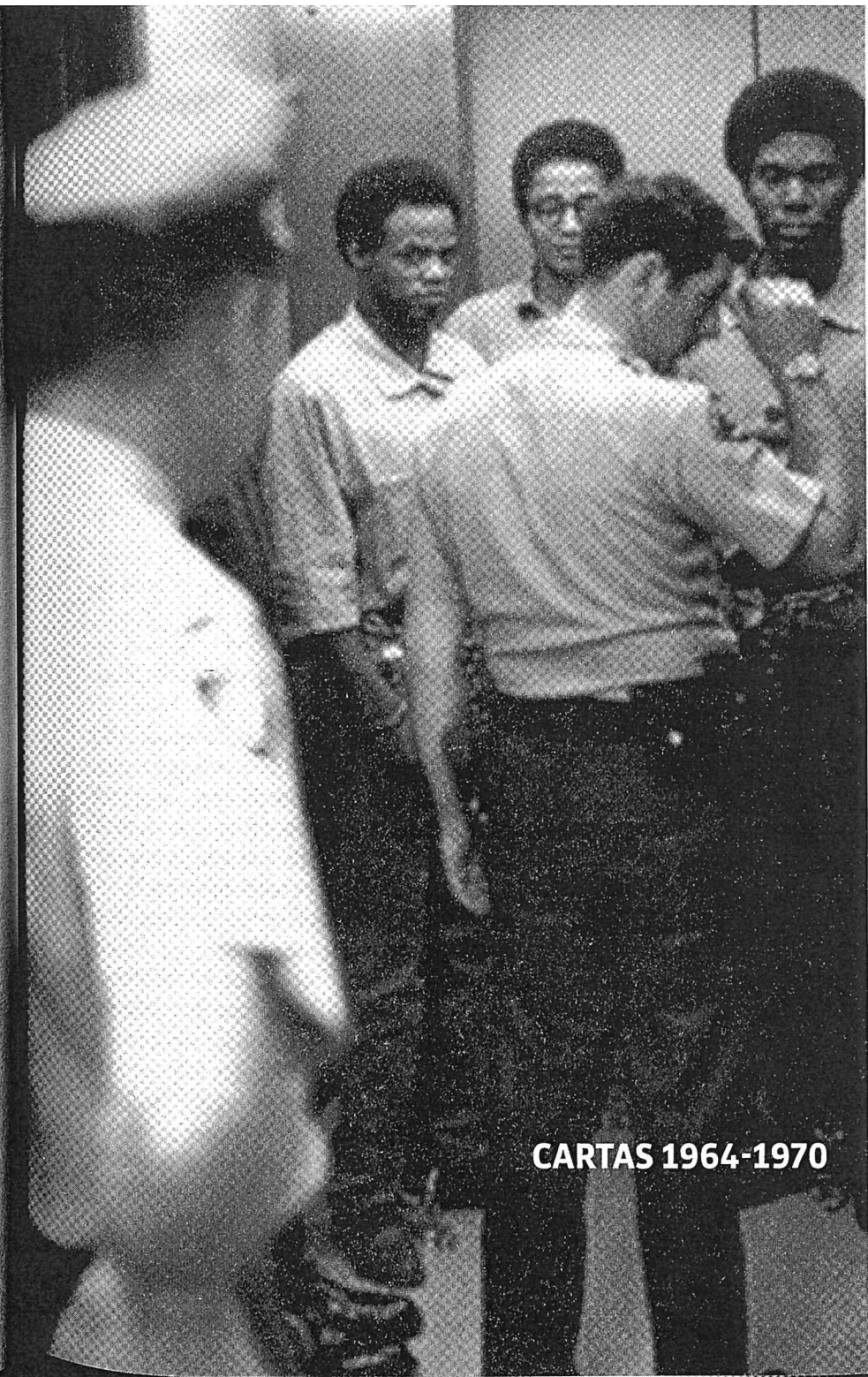
Esto se está volviendo cada vez más difícil; nos dejan sin visitas. Parece que estuvieran tratando de evitar nuestra presencia en la Corte. Además, este mes han cometido un error con nuestra paga. Eso significa que también seremos privados de las pequeñas cosas.

Es posible por tanto que nunca recibas esta carta; nuestro correo está siendo retenido, devuelto, arrojado en algún lugar. Es una gente encantadora, ¿no es cierto? Se han ganado ya todo lo que podamos llegar a hacerles. Este tipo que acaba de pasar por delante de mi celda jamás atenderá a razones. Su mente no está construida de esa manera. Cuando razonamos con él sobre ideas e ideales, no escucha. Está pensando en qué regla puede aplicar para echarnos. Cuando se marcha, puedes ver una pequeña edición del reglamento sobresalir del bolsillo de su culo. Ahí es donde tiene su mente, en el bolsillo del culo. Por eso, cuando afrontamos el problema con cierta lucidez cedemos a la ventaja numérica que tenemos.

¡Estoy de acuerdo con Bobby! A ese cerdo tendremos que patearle donde guarda sus sesos: en el culo.

Poder.

*George*



**CARTAS 1964-1970**